

# LAS LENGUAS: ORIGEN, DIVERSIFICACIÓN Y CREACIÓN. EL MURCIANO

Antonio Sánchez Verdú - Francisco Martínez Torres

A través de la historia se aprecia un Arechazo intelectual permanente hacia las lenguas que no forman parte de lo que en términos políticos se denomina *idioma oficial de un Estado*.

Esta especulación discriminatoria ha originado una avalancha de clasificaciones, menosprecios y devaluaciones a las modalidades idiomáticas de la comunicación, denominándoles con intención peyorativa: dialectos, hablas o jergas.

Desde una perspectiva más planetaria, se aprecia que estos corsés categorizados forman parte de una lingüística ya trasnochada, aunque por suerte, sus amarres codificadores han ido abriéndose hacia interpretaciones más realistas, racionales y carismáticas.

Sería interesante analizar el conjunto de las lenguas mediante la concepción universalista del gandhiano Lanza del Vasto, nacido en Apulia (Italia), que se autoproclamaba internacional por nacimiento y educación. Por el matiz de su pensamiento burbujea el concepto de que las lenguas en general son el medio que posibilita la comunicación entre los hombres. Esta interpretación humanística se enriquece a través de las lenguas que aportan matices diferenciadores y únicos, facultando al hablante el poder expresar sentimientos, situaciones nuevas, y universos estéticos genuinos.

Los idiomas se cruzan, se mezclan, se innovan; y sobretodo facilitan nuevas ideas, pero ni son convulsos *per-se*, ni se enfrentan ni luchan. A lo sumo seríamos los propios individuos los responsables de lanzarlos a estas trincheras beligerantes, empujados la mayoría de las veces, por intereses espurios.

Johanna Nichols, especialista en el origen de las lenguas, expuso en la Academia de Ciencias de California la tesis en la que estimaba la antigüedad de las lenguas en unos 150.000 años con carácter monogénético y en 100.000 ya con una diversificación en más de una decena de cepas.



“Aventando” en la era.

Esto indica una gradual evolución idiomática hasta llegar a las lenguas actuales, debido a las colonizaciones de homínidos que realizaron movimientos migratorios partiendo de África en sentido de Sur a Norte y de Oeste a Este.

Los fundamentos de esta hipótesis se alimentan de los rastros que quedan en las aproximadamente ocho mil lenguas de las que se tiene conocimiento en la actualidad; y también, en estudios sobre la transición del lenguaje infantil al del adulto, basado en elementos léxicos que usa el niño como soporte de significados en un contexto preciso.

Es obvio que las lenguas se constituyen como tales mediante la comunicación y las reacciones de los sujetos hablantes ante estímulos verbales.

Es por ello, que la relevancia de una lengua no radica en el número de hablantes, en el potencial económico del Estado que la tiene como oficial, ni tampoco en las invasiones idiomáticas que haya sufrido, y menos en la pureza oral o escrita de sus usuarios, que siempre es consecuencia de una normativa acordada.



Labores de huertanas extrayendo la "hijuela" del capullo de seda.

Hablar por tanto de palabras enfermas, barbarismos o lenguaje viciado; son formas estigmatizadas socialmente, fruto de una concepción *unilingüe* de expresión humana.

El murciano, que en sus orígenes no tuvo cultivadores literarios que dejaran algún registro escrito, se vio asediado por multitud de vocablos procedentes de otros pueblos y culturas invasoras, que con el paso del tiempo fueron adaptados aplicándoles la fonética, morfología y sintaxis autóctonas.

Este fenómeno de calcos lingüísticos ha marcado todas las lenguas, y así mismo a la castellana, donde encontramos infinidad de extranjerismos que la R.A.E se ha visto obligada a reconocer últimamente (sin entrar al estudio antropológico de su origen y evolución). Tenemos el caso de voces como *chalé* del francés *chalet* o *güisqui* del inglés *whisky*.

Volviendo al murciano y a su evolución, encontramos la tendencia al uso galicado de las preposiciones, o sea de forma incorrecta según la R.A.E. Por ejemplo:

*Motor a gasoil* por motor de gasoil

*Flugencio debe llegar* a las seis por debe de llegar

La predisposición a la síncope vocálica como en los casos de *antiojo* en lugar de anteojos, o en el caso de *venteuno* por veintiuno, dónde además de la síncope se asimila regresivamente la semivocal.

Otra denominación obsoleta es la de calificar de vulgarismo a la propensión de suprimir la [d] final en los participios o la intervocálica en voces terminadas en -ado, diciendo por ejemplo *arrimaos*, *cansaos* por *arrimados* o *cansados*. También el generalizar los participios acabándolos en -ado, -ido o en este caso -*ío* o -*ía* como en *imprimío* por *imprimido* o *escribió* por *escrito*.

No debiera de dársele demasiada importancia a estos fenómenos fundados en el purismo, pues muchos maestros de la literatura hacen uso de estas licencias y hasta la propia Teresa de Jesús usó la voz "imprimido" en lugar de *impreso* en algunos pasajes de su obra.

Estos fenómenos no han de interpretarse como corrupciones idiomáticas, ni como procesos de infecciones lingüísticas; sino antes al contrario, como un enriquecimiento de la Gran Arma Universal en la que caben todos los idiomas, cohabitando, ennobleciendo y haciendo más ubérrima y rica la posibilidad de poder manifestar los más recónditos arcanos y sensaciones del alma humana. La tendencia de los progresos tecnológicos facilitará sin duda en un futuro próximo el acceso a los recovecos en la mayoría de las lenguas y una utilización en conjunto más humana.

Todas las formas de expresión son lenguas, ya que en cada una de ellas aparece una serie de contantes que así lo reafirman. Su propia creación parte del conocimiento manifestando formas diferentes de expresión que arrastran al estudio humano. La obligación de impulsar al individuo a una disposición de hablante que le incite a aprender, crea talante, pues el uso de una lengua hace que se posicione ante una comunidad que no es la suya de origen y aumenta su capacidad de inserción al verse obligado a incluir el hablante palabras que le son desconocidas en su habitual léxico.

El desprecio es aún más agresivo en las lenguas de formación reciente que han surgido por la movilidad de la población y han dado lugar -refiriéndonos al castellano y las lenguas peninsulares- al surgimiento de diversas lenguas entre las que habría que destacar las conocidas como:



Labrando la tierra en “barbecho”, tras la recolecta cereal.

El SPANGLISH que practican millones de hispanos en EE.UU.

El CASTILLIAN que se habla en Nueva York.

El CHAVACANO que se usa en ciertas islas de Filipinas y Malasia y que es resultado de una fusión del viejo castellano con lenguajes criollos.

El CHIPICHANGLE, variedad de un inglés porteño.

El LADINO, que todavía se conserva como cuerpo glorioso de *santo lingüístico* que pervive por encima de los siglos en las familias judías que fueron expulsadas de Sefarad en 1492.

Podría enunciarse cientos de situaciones dónde se han alumbrado nuevas lenguas a causa de circunstancias político-sociales y económicas. Pero nos interesa de manera especial el denominado “galicismo” –que no galicismo–, o sea la lengua que surge en Francia, dentro del seno de la numerosa colonia de españoles residentes en el país vecino durante el periodo de la dictadura franquista, muy abultada de murcianismos procedentes de toda la región.

En 1981, bajo la coordinación del filólogo español Antonio Quilis Morales,

un grupo de profesores en misión educativa en Francia, elaboraron un repertorio de términos que constituye un verdadero diccionario dónde se recopila palabras que el emigrante ha ido olvidando en su idioma de origen y acomodándolas a su substrato idiomático, dando origen a un nuevo vocabulario influenciado por el contacto prolongado con la lengua francesa.

Por ejemplo:

AFUTAR del francés “affûter” por afilar.

MANETA del francés “manette” por agarradero.

BAGA del francés “bague” por anillo.

LESIVA del francés “lessive” por lejía.

LENTILLAS del francés “lentilles” por lentejas.

CONECENCIA del francés “connaissance” por conocimiento.

CHEMINEA del francés “cheminée” por chimenea.

MALADÍA del francés “maladie” por enfermedad.

BILLETE del francés “billet” por entrada.

EPINA del francés “épine” por espina.

Antonio Sánchez Verdú